MARTA TRABA

Las ceremonias del verano (fragmento)

Yo soy esa muchacha que llora sin parar, en el fondo de un cuarto oscuro. El calor entra por las hendijas, se cuela el pegajoso, enervante y turbio calor, exaspera las lágrimas, las calienta y la sal se hace más evidente: pero ya no son lágrimas, es algo más hondo y también ridículo, me doy cuenta de esto al callarme un instante y comprender que ya he llegado al hipo, al gemido e incluso que lo estoy prolongando con desgano. Con desgano nunca, al contrario, cada vez más fuerte para que ojalá alguien, en alguna parte, lo escuche. No ser humano sino algo distinto que debe haber, que tiene que haber, en alguna parte del mundo, tal vez un ángel, ángeles, pero aquí no hay nada posible para los ángeles. Todo este mundo es sal y horno, sol líquido, chorreante, derretido y los ángeles tienen alas sensibles: aquí las alas gotean, se escurren por estas estúpidas paredes Tudor o cualquier cosa y poco a poco pierden su carácter radiante, el nimbo cae, se desfleca la trenza, van deformándose, contrayéndose sus rostros perfectos y aparece siempre alguien determinado, la familia. Sin embargo, en otra parte del mundo, ¿bajo qué cielo? ¿Fue anoche que silbó tan largo, tan extraño un pito? La única cosa posible y bella de esta ciudad horrible son los pitos, siempre estamos al borde. (*estoy*, porque ellos viven anclados y rubicundos), estoy al borde de la despedida en esa única parte fresca de este mundo calcinado, el muelle. Tal vez no fue anoche, sí. ¿O lo soñó? Para de llorar y quisiera mirarse al espejo para ver el monstruo en que se ha convertido, pero no, resiste y no se mira, entreabre la persiana y esa luz como un cuchillo, esa ola invasora, ardiente, le quema los dedos. Hay que cerrar, rápido, aunque no lo bastante para impedir que se hayan formado de nuevo todas las imágenes, la estación, la llegada, todo se recorta de nuevo en la memoria, aprieta los ojos pero la pupila está llena de negativos, impresas, fijas las imágenes en blanco y negro. No fue anoche el pito, fue ahora, quiero decir, ayer, cuando el tren pasó ya somnoliente, chirriando, por el primer cartel del andén que decía "Vicente López", y a ella le entró esa especie de beatitud siempre igual y misteriosa y confortable, de acceder a otro mundo, al agua y la playa y las casas con teja española y al específico olor a madera nueva del trinchante y el aparador del comedor en la casa de Vicente López. El tren va disminuyendo su velocidad y todos sus goznes chirrían, sube del andén esa niebla caliente que distorsiona la visión. Oh mundo nítido, atroz y blanco, atroz, Blanco. Atroz. Blanco. Desliete y desvanece tus formas brutales! Ana Karenina se nos Aires? Pobre rostro puro de Vivian Leigh y nos Aires? Pobre rostro puro de Vivian Leight y de pensar ahora en su auténtica, irreprimible desesperación en la oscuridad de la platea del cine Lucía, ya se le oprime y estruja de nuevo el corazón. Qué cosa tan absurda, hace un minuto vibraba de alegría deletreando el amado cartel v-i-c-e-n-t-e l-ó-p-é-z y ahora, de nuevo el pánico, Ana Karenina entre las brumas, en la trampa, apresada por la soledad. O el desamparo en la platea oscura del cine Lucía, para colmo sin pañuelo y pasándose el dorso de la mano por los ojos sin parar de llorar. No puede llorar en este momento, sin embargo, un hombre taciturno no le quita los ojos de encima desde el asiento de enfrente. Trenes repugnantes los argentinos, los asientos no debían estar hechos para poder voltearse. El tren, el vagón vacío, y el hombre llega y voltea el asiento justo frente a mí y se sienta, y yo sin poder bajar los ojos de su cara, —pánico, asco irracional—, pero él levanta lentamente la mano y la coloca sobre la ventanilla que tiene el cristal bajo, y hay que mirar fijo esa mano velluda que tiene de pronto leves contracciones, así debió viajar Ana Karenina, sí —qué horrible opresión!— cuando tenía catorce años. No puede llorar pensando en ella, ridículo, el hombre creería que llora por él: piensa entonces en la doble columna de Leoplán y recuerda que cuando uno, ella, está enfrascado, perdido, en los momentos más dramáticos de la lectura, hay siempre un pequeño recuadro en negrita que dice "suscríbase a Leoplán, el mejor medio de conocer económicamente la literatura universal", y abajo, más grande, $ 20 moneda nacional, etc., y todos, ella, los demás que seguramente leen Leoplán, caemos en el vacío, la nada. Le da risa, se acuerda de que en el momento en que Raskolnicov levanta la mano para matar apareció el cartel de "suscríbase etc", pero tampoco se puede reir ahora, no puede nada, paralizada ante el hombre y acaso es apenas un inofensivo vendedor de seguros, pero por qué se sentó enfrente, en el vagón perfectamente vacío y se puso la gabardina sobre las piernas (con este calor espantoso y un cielo irreductible, sin asomo de lluvia), el inspector le echó al pasar una mirada recelosa y marcó el boleto con evidente ira. Sabrá porqué, todos pertenecen al mismo mundo siniestro y el tren se detuvo entonces de golpe. Casi me doy contra el hombre. De un salto desciendo casi frente al segundo cartel. Enorme, Vicente López, húmedo de calor, recocidas y tambaleantes letras negras sobre el fondo blanco donde alguien ha dibujado, a la carrera y sin mucha convicción, dos letras: P. S. El mundo es blanco y negro en este andén, habría que correr por la estación hacia la única franja de sombra, debajo del techo de dos aguas de zinc, pero está llena de jubilados dormitando en sus largos bancos. Estas estaciones como asilos, veraneaderos de los jubilados, ya ni hablan, yacen con las cabezas caídas hacia atrás y las bocas abiertas, desdentadas, sostenidos sólo por la angustia de no perder el bastón. Serán derretidos lentamente bajo el techo de zinc, exorcizados por el sol, algún día el sol se meterá por la rendija y morirán todos, dulcemente, carbonizados bajo los carteles múltiples, banderas, largos pendones, estandartes flameando en un aire espeso las mismas letras, v-i-c-e-n-t-e l-ó-p-e-z.

El sol me alcanza el cuello, me quemaré mal, bajo las escaleras de la estación corriendo y ya. YA! Ya empieza el olor. Este es el mundo de verdad, caen sobre mí los árboles, un fragor oloroso me circunda. Aquí todo deja de ser barrio, repulsivo y desértico barrio. Aquí es comarca. Muere al fin, despanzurrado, mi desdichado mundo real, no quiero ni pensar en él pero me persigue, sin embargo lo venceré, sé que cada cuadra que camine bajo los aromos lo iré desterrando, hasta que llegue a la casa de Vicente López desembarazada de él, libre de él. Por ejemplo: ahora, caminando la primera cuadra, logro abandonar la imagen de aquel jardincito repugnante detrás de la verja, iguales todas las verjas, inútil pintarle de azul, de un azul vergonzante para distinguirla de la del vecino. ¿Nunca vivió usted en casas colectivas? Para qué, todo es inútil, la misma puerta cancel, la misma ventana del mismo baño donde usted imagina sin ningún inconveniente que entra su vecino en camiseta a afeitarse, de pronto se equivoca y entra al mío, estamos al fin y al cabo todos uniformados, nadie se sorprendería. Llego a la esquina y he liquidado aquel jardín reseco. Ahora cruzo y comienzo a borrar la imagen que sigue. ¿Pero es que sigue algo? La casa está vacía, hay un corredor tétrico con dos cuartos a la izquierda, en el primero alguien compró un comedor provenzal después de ganarse un premio en la lotería. Pero el comedor dejó de ser nuevo apenas se instaló en la habitación, tal vez porque la fragancia de la madera se perdió entre la cantidad de polvo insecticida que hay que echar siempre en los zócalos y rincones por las cucarachas, no hay niños pequeños, no hay peligro de que unten el pan con manteca con el polvo para las cucarachas. El comedor provenzal quedó en la mitad de la sala, súbitamente marchitado, como si pronto volviera a recogerlo para llevárselo de nuevo a la mueblería y es que nunca se sabe, han embargado tantas cosas, tantas veces. Entonces nadie entra, nadie se sienta, por si acaso: las cosas no se apoyan, aguardan un interminable trasteo. De modo que. Ya se está desdibujando. Alcanzo la otra esquina y queda borrado también el comedor.

Está contenta porque nada le causa mayor placer que ir asesinando a fuego lento la imagen de su casa. Entonces da un salto y la emprende con una rama baja de aromo hasta que arranca un manojo, los capullos amarillos, opulentos, se desparraman, los estruja entre los dedos, la mano queda amarilla como si tuviera guantes, pero los guantes no van bien con el vestido rojo, da igual, tan horrible vestido rígido, duro, y qué decir de los zapatos de lagarto. Se queda pensativa, tal vez refregando las flores de aromo en el vestido se manche para siempre de amarillo, pero quién se daría cuenta? Trabajo perdido. Sin embargo, no, claro que Ada se daría cuenta, hay que arruinar el vestido como única forma de librarse de él, mira hacia todos lados y se restrega rápidamente las manos amarillas contra la seda. Le da una risa incontenible. Ya ni aquella casa lóbrega, colectiva, de Gualeguaychú (barrio y no comarca), pesa. No pesa pero está. Todas las puertas exactamente iguales y ni un árbol, para qué? aunque el verano raje las piedras no hay derecho a los árboles en los barrios colectivos. El vecino plantó uno y los chicos saltan sobre él, descaradamente frente al hombre que matea, impotente, sentado en el umbral y aniquilado por el calor: un árbol que nunca alcanzará a tener una rama, ni un mínimo capullo. La solidaridad de los barrios colectivos es el odio, el odio explicable por vivir en las mismas cocinas, en los mismos dormitorios, sin misterio, usted no tiene vida privada, todos saben cómo es su domitorio y hacia dónde va al levantarse. La imagen de la casa se resiste a atenuarse, a desaparecer. Hay que borrar la escalera de madera para que no cruja más en el séptimo escalón, sí, un crujido inexorable, la noche que entró un ladrón yo contaba los pasos de mi padre con el corazón sofocado en la boca, eran doce bajando y siete subiendo para que crujiera y claro, crujió exactamente en el peldaño preciso y se oyó un vago suspiro, anhelante, terrible, de alguien que esperaba en una oscuridad desconocida, y luego la carrera, una y otra, y las maldiciones, aunque ella sólo oía, metida hasta la cabeza entre las sábanas, su propio largo ruego para que el hombre huyera y nadie pudiera alcanzarlo, hasta que al fin así fue, lo cual prueba que existen los ángeles, aunque sólo en invierno cuando el frío congela las alas y las torna vibrantes y traslúcidas.

---

* **Poetisa y crítica de arte argentina, Marta Traba está radicada en Colombia, donde ha desarrollado una importante labor cultural. Es Directora de Actividades culturales de la Universidad Nacional y del Museo de Arte Moderno de Bogotá y colabora en las publicaciones ECO y LA NUEVA PRENSA, de la capital colombiana. Publicó, en Buenos Aires, su libro de poemas HISTORIA NATURAL DE LA ALEGRIA (1962) y antes había publicado el ensayo EL MUSEO VACIO (1958). Su obra crítica está contenida en los libros LA PINTURA LATINOAMERICANA (1963), EL BARROCO (Bogotá, 1964) y LOS CUATRO MONSTRUOS CARDINALES (México, 1966). Ganadora del Premio Casa de las Américas en el Género Novela en 1966 por su obra LAS CEREMONIAS DEL VERANO, que le otorgó el jurado integrado por Alejo Carpentier, Manuel Rojas, Mario Benedetti y Juan García Ponce, "por su alta calidad literaria, que considera a la vez los problemas de expresión y estructura, por la constancia de su ritmo poético, la inteligencia para equilibrar las situaciones y el logro de una difícil unidad de composición".**

La sorpresa, al abrir Carpentier el sobre, fue descubrir que el desconocido autor era un integrante de otro jurado, el de teatro. Aunque las bases no establecen implicancia, el uso desaconseja la doble condición de jurado y concursante en dos concursos simultáneos, y es de esperar que así se lo estatuya explícitamente en el futuro.